

REFLEJO Y REFLEXION

(Baltasar Gracián, un pensador universal)

Han transcurrido ya veinte años desde aquel 1958 en que, con motivo del tricentenario de la muerte de Baltasar Gracián, la bibliografía graciana se vió notablemente incrementada. A partir de entonces, la figura y la obra de Gracián han pasado al nicho elevado de la gloria pero también del olvido y de la lejanía. No importa que sus aforismos sean citados constantemente, bien o mal traídos, según los casos. Ello puede obedecer a una moda o al inconfesado deseo de servirse de un nombre que suena a palabra mayor. No podemos olvidar que Gracián es el escritor español de mayor proyección universal después de Cervantes. Traducido a todos los idiomas europeos y reeditado constantemente. Ninguno como él ha merecido ser objeto de una traducción original como la que llevó a cabo el filósofo alemán Schopenhauer. Los veinte años transcurridos desde aquella efeméride son una invitación que nos obliga a los historiadores del pensamiento español a hacer un balance historiográfico de la obra de Gracián, realizar un análisis del «redescubrimiento» de Gracián llevado a cabo a principios de siglo y señalar el camino que considero más transitable para acceder a este pensador hermético y enmascarado.

Dado que este trabajo se enmarca dentro de la historia del pensamiento español, omito todos aquellos datos eruditos, literarios o biográficos que no son objeto específico del presente estudio, excepto en aquellos casos en que venga exigido por esa peculiar simbiosis que se da entre pensamiento, estilo y vida en Gracián. El desconcierto que causa en el lector medio la lectura de las obras de Gracián son debidas precisamente a esta falta de «composición de lugar» —recomendación muy ignaciana— que todo lector debe hacer antes de leer a Gracián. Por haber prescindido de ella, sus hermanos jesuitas no le comprendieron y sus críticos posteriores, en gran parte, lo han malinterpretado. El texto graciano ha de ser visto a la luz del contexto; aquel es «cifra» de un sentido que está más allá del texto mismo. El lector, lo mismo que Critilo y Andrenio a lo largo de ese viaje interior contado en *El Criticón*, necesita la ayuda de un «descifrazador» o «zahorí».

Una clave orientativa para el lector de Gracián puede ser la siguiente: Gracián es reflejo de su tiempo; pero, sobre todo, es la Compañía de Jesús la que está reflejando en Gracián sus propias tensiones espirituales y culturales de la época. Gracián es religiosamente ignaciano, vitalmente es español, filosóficamente es ecléptico y literariamente es con-

ceptualista. El es ese «enano de cuerpo pero gigante de espíritu» que con su poderosa mente transforma reflexivamente el mundo barroco de las apariencias, desmesuras y picardías en un mundo habitable en lo temporal y esperanzado en lo cristiano.

1. Historiografía.

Dentro de la Historia del pensamiento español Gracián figura como moralista o simplemente como un pensador de la época del Barroco. Es uno de esos autores que pasan a la historia como intérpretes de su mundo y como objeto de interpretación. Ya en vida conoció la gloria de ser traducido a otros idiomas, pero también los sinsabores de verse imitado, caricaturizado y acusado de plagio. Con la implantación del gusto clasicista en Europa, España en lo político y Gracián en lo cultural perdieron el lugar preeminente que ocupan. Gracián pasó a ser la personificación del estilo conceptista, y la lengua española quedó en situación de inferioridad ante la lengua francesa, según ellos, más exacta y más racional.

Con las guerras napoleónicas se produjo en Europa un decaimiento general muy similar al decaimiento colectivo por el que pasó España a lo largo del S. XVII. Por este camino, Gracián, el pensador de una época de crisis, vuelve a encontrar el terreno apto en el que germinar su pensamiento. Schopenhauer se siente identificado con el fondo pesimista que descubre en Gracián, y su discípulo F. Nietzsche queda prendado del estilo aforístico, la introspección y la voluntad de superación. En España es Menéndez Pelayo el que señala una «preciosa orientación crítica» sobre Gracián. En Italia, E. Mele, Marone, B. Croce y Farinelli emprenden una labor reivindicativa entorno a la estética y la moral de nuestro autor. Sin embargo, van a ser los franceses los que mejor escriban sobre Gracián durante los primeros 50 años del presente siglo: Morel-Fatio da un Curso en la Universidad de París sobre los moralistas españoles del XVII. Bouillier señala las fuentes y derivaciones de los moralistas franceses con relación a Gracián. A. Coster escribe una biografía crítica sobre Gracián, la mejor hasta ese momento. M. Batllori dirá a propósito de esta obra que «sólo necesita ligerísimas correcciones»¹.

Por otra parte, la peculiaridad política por la que atraviesa España a principios de este siglo, propicia la vuelta hacia este pensador español que vivió y describió situaciones tan similares a las de este momento. Azorín llama la atención acerca de la existencia de un «Nietzsche español», al referirse a Gracián; conjetura en varias ocasiones pronunciada pero nunca desarrollada ni justificada. Al referirse al estilo de Gracián escribe: Gracián enérgico, apretado, jugoso. Azorín había visto en Gracián el esencialismo al que tradicionalmente ha tendido el estilo español. En aquellos momentos en los que el pensamiento europeo tomaba nuevo rumbo estilístico, más intimista, más concentrado, la vuelta a Gracián suponía la ruptura con el afrancesamiento que encorsetaba a nuestra literatura; y, sobre todo, suponía la vuelta al estilo «natural», didáctico-moral y sentencioso de nuestra tradición literaria. A partir del interés

1 Batllori, M., *Baltasar Gracián. Su vida y sus obras* (Zaragoza 1969).

que suscita entre la generación del 98 la obra de Gracián, vemos aparecer libros y artículos sobre Gracián en una marcha ascendente hasta la década de los años 50. El número de los mismos y su temática va variando en función de la situación social por la que atraviesa España.

Los primeros años del siglo están marcados por tres importantes trabajos de Liñán Heredia, Federico Rahola, Pareja y Navarro respectivamente². Durante la segunda década, el protagonismo lo acaparan autores franceses como A. Coster, Seilleire, Bouillier y Morel-Fatio que convierten a las revistas B. H. y R. H. en plataforma expansiva del pensamiento de Gracián³. Entre los españoles señalamos a Maldonado de Guevara y Arco Garay⁴. La década de los años 20-30 está marcada por un aumento de comentaristas españoles; comentarios que van desde el artículo de divulgación, como el «Admirable todo» de Unamuno, hasta el trabajo erudito de García Gómez, el Curso monográfico celebrado en la Universidad de Zaragoza, pasando por trabajos de menor importancia como los de López Landa, A. Bell, Buceta, Almagro, A. Castro y A. Cossío⁵. Entre los extranjeros señalamos los trabajos de E. Mele, Farinelli, Ad. Hammel, Pfandal y Rouveyre⁶.

La década de los años 1930-40 está marcada por la aparición de algunos nombres que con el tiempo figurarán como conocidos «gracianistas»: Romera-Navarro y E. Sarmiento⁷. Y junto a ellos, otros de menor importancia: C. Eguía, M. Montoliu, J. Montesinos y A. del Hoyo⁸. Entre los extranjeros sobresale K. Vossler, agudo introductor a la lectura de Gracián⁹. En la siguiente década, 1940-50, los gracianistas españoles sobrepasan en número a los extranjeros. Es, sin lugar a dudas, el momento en que más y mejor se escribe sobre Gracián. Merece ser destacado el trío formado por Romera Navarro, Correa Calderón y M. Batllori, los cuales modifican en parte las interpretaciones existentes, pero sobre to-

2 Liñán de Heredia, N., *B. Gr.* (Madrid 1902); Rahola, Fr., *B. Gr. escritor satirico, moral y político del siglo XVII* (Barcelona 1902); Pareja y Navarro, M., *Las ideas políticas de B. Gr.* (Granada 1908).

3 Bouillier, *Bulletin Hispanique* (1910) 26, 8, 3; A. Coster, *Revue Hispanique* (1910) 2, 3; Morel-Fatio, *R.H.* (1909) 10, 9.

4 Maldonado de Guevara, F., *Gr. como pesimista y político* (Salamanca 1916); Arco Garay, *Linajes de Aragón* (Zaragoza 1912); 'Don Vicencio Juan de Lastanosa', en *B. Real Ac. de la H.* (1910); 'Siluetas de Gr.', en *Estudio* (Barcelona 1919).

5 García Gómez, 'Un cuento árabe fuente común de Abentofail y de Gr.', en *R. de Arch., B. y M.* (1926); *Curso Monográfico* (Zaragoza 1926); Bell, A., *B. Gr.* (Oxford 1921); Buceta, E., 'La admiración de Gr. por el infante don Juan Manuel', en *R. de Filolog. Esp.* (1924); Castro, A., 'Gr. y España', en *Santa Teresa y otros ensayos* (Santander 1929); Cossío, J., 'Gr. crítico literario', en *B. de la Bib. Menéndez P.* (1923).

6 Mele, E., 'Gr. e il Nietzsche', en *Rev. liter. comparée* (1926); Farinelli, A., *Gracián y la literatura de corte en Alemania* (Madrid 1926); Hamel, Ad., *A. Schopenhauer y la literatura española* (Granada 1925); Pfandl, L., 'B. Gr.', en *Historisches Jahrbuch...* (1925).

7 Romera Navarro, *H.R.* (1933); *B.H.* (1934); *Rev. de Filolog. Esp.* (1934); *H.R.* (1934) 5, 6, 7, 40; Sarmiento, E., *Modern Language Review* (1932); *B.H.* (1932) 5; *Philological Quarterly* (1933); *H.R.* (1934), 5.

8 Eguía, C., 'La formación escolar y religiosa de Gr.', en *B. de la Ac. Esp.* (1931); Montoliu, M., 'Estudiemos a Gr.', en *El Debate* (1932); en *La Prensa* (1935); en *La Veu de Catalunya* (1936); Hoyo, A. del, en *Prisma* (1935); en *Almena* (1935); en *El Sol* (1936).

9 Vossler, K., 'Introducción a Gr.', en *Rev. de Occidente* (1935).

do, amplían sustancialmente las fuentes biográficas¹⁰. El libro de A. Ferrari sobre Fernando el Católico incide indirectamente en el conocimiento de las fuentes usadas por Gracián¹¹; y la controversia suscitada por el libro de Díaz Plaja sirve para despertar en otros el interés hacia nuestro pensador¹². Otros nombres, como los de Blecua y J. A. Maravall que comienzan en estos años a dar sus primeros frutos, sobresaldrán como gracianistas en la década siguiente¹³. El estudio del italiano Borghini y la publicación en español del trabajo de A. Coster son las aportaciones extranjeras que merecen ser destacadas en este momento¹⁴.

La década que coincide con el tricentenario de la muerte de Gracián (1950-1960) se caracteriza por haber alcanzado el momento de mayor atención en torno a la obra de Gracián. Por este motivo, vamos a dividir la década en dos partes: hasta 1957 y el bienio 1958-9. Hasta el año 1957 aparecen artículos de carácter filológico de L. Carreter, Blecua e Yndurain¹⁵, y de carácter histórico, como los de Arco Garay y Batllori¹⁶. Pero entre todos ellos llama la atención una reseña de Gonzalo Sobrejano aparecida en la revista *Clavileño* comentando tres tesis doctorales inéditas y escritas en alemán¹⁷. A partir de tales tesis el camino quedó desbrozado.

Durante el bienio 1958-9 destacan por su importancia el número monográfico que dedicó a Gracián la Revista de la Universidad de Madrid y el Homenaje a Gracián organizado y publicado por la Universidad de Zaragoza¹⁸. Pero a partir de 1960 decae sensiblemente el interés por Gracián. Aparece la traducción de la tesis de Heger Klaus y el libro de Werner Krauss, un artículo de Ch. Aubrun, el estudio de M. J. Woods y la obra conjunta de Batllori-Peralta, una obra biográfica y llena de intuiciones interpretativas¹⁹. Finalmente, desde los años 1970 hasta nuestros días, apenas si podemos señalar la presencia de Gracián en las revistas. Los libros de Historia de la Literatura continúan ocupándose de Gracián de una forma más bien general que pormenorizada. Las dos

10 Correa Calderón, *Rev. de id. estéticas* (1944); *Rev. de Filolog. Esp.* (1944); *Obras Completas de Gr.*; Batllori, M., 'Vida alternante de B. Gr.', en *A.H.S.J.* (1949).

11 Ferrari, A., *Fernando el Católico en B. Gr.* (Madrid 1945).

12 Díaz Plaja, G., *El espíritu del Barroco* (Barcelona 1940).

13 Blecua, J., 'El poeta Francisco de la Torre Sevil, amigo de Gr.', en *Mediterráneo* (1944); *Arch. de Filolog. Arag.* (1945); *Cancionero de 1628* (Zaragoza 1945); Maravall, J. A., *La teoría española del Estado en el siglo XVII* (Madrid 1944).

14 Borghini, V., *B. Gr. scrittore morale e teorico del concettismo* (Milano 1947); Coster, A., *B. Gr.* (Zaragoza 1947).

15 Blecua, J., *Sobre los Argensola en Agudeza* (Zaragoza 1950); Yndurain, F., 'Refranes y frases hechas en la estimativa literaria del siglo XVII', en *Arch. de Filolog. Arag.* (1955).

16 Arco Garay, *Rev. de id. estéticas* (1952); *Arch. de Filolog. Arag.* (1950); *Historia general de las lit. hispánicas* (Barcelona 1953); *Rev. del Inst. de Est. Oscenses* (1954); Batllori, M., *Rev. Chilena de H. y Geografía* (1951); *Rev. Nacional de Cultura* (Caracas 1951); *A.H.S.J.* (1952) 3.

17 Sobejano, G., 'Nuevos estudios en torno a Gr.', en *Clavileño* (1954).

18 *Rev. de la Univ. de Madrid* (1958); *Homenaje a Gr.* (Zaragoza 1958).

19 Heger, K., *B. Gr. estudio lingüístico y doctrina de valores* (Zaragoza 1960); Werner, K., *La doctrina de la vida según B. Gr.* (Madrid 1962); Aubrun, 'Crisis en la moral', en *Cuadernos Hispanoam.* (1965); Batllori-Peralta, *B. Gr. en su vida y en sus obras* (Zaragoza 1969). En este libro se señalan algunos trabajos publicados en la década de 1960. Cf. p. 135.

últimas obras reseñadas que poseemos son una tesis doctoral sobre la antropología de Gracián y el libro que acaba de publicar Benito Pelegrín en Francia²⁰.

2. Interpretación.

Acabamos de ver cómo los primeros 50 años del siglo se caracterizan por un redescubrimiento de la obra de Gracián. Años antes, Schopenhauer había llamado la atención sobre esta figura tan peculiar traduciendo el *Oráculo manual*; aunque en honor a la verdad y a juzgar por el sello tan peculiar que imprime a la traducción, el O. M. de Gracián no fue más que el pretexto para escribir su propio texto²¹. Su discípulo F. Nietzsche llegó a través de su maestro al conocimiento de Gracián, y en él apreció las cualidades de psicólogo, la voluntad de poder y al creador de la figura del héroe. Nietzsche, el «más absoluto negador y afirmador» prendió en la juventud europea de su tiempo como un fuego devorador. Su actitud de «radical mutación de perspectivas» entró en pugna con la Europa cristiana, autosuficiente pero también decadente.

Una parte de la intelectualidad española, aquella que nunca dejó de ser permeable a los influjos exteriores asimiló con fuerza el pensamiento nietzschiano. Su entrada en España no obedeció a una moda sino a la urgencia de «europeizar» a España tras el descalabro nacional que, entre otras cosas, puso de manifiesto la inoperancia, el cinismo y la inmoralidad de toda una política²². La atracción hacia Nietzsche se debió a su denuncia de la decadencia y a su sentido profético. Apuntaba a una moral nueva.

Los hombres de la generación del 98 que, fundamentalmente eran moralistas, se aplicaron a la observancia y al estudio del hombre, de la verdad humana y del sentido de la existencia, ya de modo esencial y universal, ya limitando el campo de inspección a España, su ser y sus gentes. A través de Nietzsche es como Azorín llegó al descubrimiento de Gracián, «nuevo Nietzsche español», del que saca una vía de enseñanza ética y de afirmación española. En aquellos momentos, de todas las facetas de Gracián, interesaba su moral y su visión política.

En Francia podemos apreciar un fenómeno semejante al español. En la segunda década del siglo, saturados de positivismo, naturalismo y mera filantropía, vuelven a las fuentes configuradoras de su pensamiento nacional; los moralistas, y entre ellos Gracián aparece influyendo de una manera directa o indirecta. Son los años en que Gracián y, en general, el pensamiento español es admirado por su faceta místico-moral.

Pero a partir de 1940, época de postguerra para España y de guerra para Europa, la figura de Gracián adquiere temporalmente una nueva dimensión como reflejo de la situación bélica o postbélica. En ese mismo año, Díaz Plaja sorprende a todos con sus tesis hasta entonces inéditas acerca del origen judío de Gracián. En el año 1941, un jesuita, el

20 Valbuena de la Fuente, *Pensamiento antropológico y ético de B. Gr.* (Madrid 1973); Pelegrín, B., *B. Gr.* (Paris 1978).

21 Pelegrín, B.

22 Sobejano, G., *Nietzsche en España* (Madrid 1967).

P. M. Batllori publica una recensión a la anterior tesis entrando de lleno en una polémica entorno a Gracián; y en 1942 la revista jesuítica *Razón y Fe* que hasta entonces había permanecido muda respecto a Gracián comienza a publicar artículos sobre nuestro pensador²³. ¿Se trataba de una nueva reinterpretación de Gracián? En absoluto. Eran las circunstancias ambientales las que obligaban a tomar esa nueva actitud. En aquellos momentos los judíos eran perseguidos (odiados o admirados) y tanto España como Europa se hallaban dominadas por la sinrazón de la guerra y carentes de verdaderos asideros morales. Consecuentemente, Gracián era elevado en España por los que se sentían poseedores de la regla de moralidad, a la categoría modélica de «español eterno»: patriota (capellán militar en el sitio de Lérida. ¡Padre de la Victoria! cuenta él que le llamaban los soldados), religioso y sabio. Incluso fue propuesto como modelo de virtudes «raciales»: hombre de gran voluntad.

Pero no todo fueron sombras en aquellos momentos difíciles. Romera Navarro, Correa Calderón y M. Batllori fueron la luz que iluminó muchas sombras, y a partir de entonces comenzó a destacar sensiblemente la magnitud de ese claroscuro que es nuestro pensador barroco, Baltasar Gracián.

3. Reflexión.

Se suele decir que el S. XVII es el siglo de los contrastes: para España es el siglo de su declinar político y, a la vez, es el siglo de «Oro» de sus artes y Letras. Gracián, nacido en los albores del siglo (1601) irá reflejando en su vida y escritos toda la angustia y grandeza de cada uno de esos años hasta 1658 en que murió. Al año siguiente, la Paz de los Pirineos significaba la decadencia definitiva de España. Moría la España política pero continuaba la España cultural inmortalizada en escritores como Cervantes o Gracián. El pensamiento de Gracián siguió interesando a los hombres de Europa como fuente de inspiración y objeto de reflexión.

Hasta ahora he analizado la obra de Gracián vista desde principios de siglo hasta nuestros días. Pero ¿cuál es la imagen actual de Gracián y hasta dónde llega su vigencia? A los 20 años del tricentenario de su muerte estamos viviendo fundamentalmente de las ideas, tal vez las últimas ideas, que con tal motivo se escribieron. En el campo biográfico destacamos las obras de Batllori; en el político, las obras de J. A. Maravall; en el filosófico sobresale C. Peralta y Maldonado de Guevara; en el literario, los lingüistas Blecuá, Ynduráin; en el moral, Aranguren, Aubrun, etc. No trato aquí de ser exhaustivo sino orientativo.

Considero que sería un error dar por concluso el tema Gracián, y una falta de visión histórica el despreocuparnos de estudiar a fondo el siglo de mayor intensidad cultural por el que ha pasado España. La bibliografía sobre Gracián es abundante pero está muy dispersada. Abundan sobre todo los trabajos de crítica literaria, biográfica, histórico-po-

²³ Batllori, M., *Analecta sacra Tarraconensia* (1941); *Razón y Fe* (1942). Cuatro artículos en un año.

líticos, algunos sobre moral, pero apenas si encontramos algo importante sobre Gracián pensador, filósofo. Diríamos que Gracián aparece más como literato que como pensador; más como reflejo de su época que como hombre de reflexión. Todos adelantan ideas pero nadie las concluye; existen intuiciones pero falta un sistema de ideas que muestre la capacidad reflexiva de nuestro pensador.

Comunmente se suele presentar a Gracián como pensador del Barroco, hombre de crisis, casuista, conceptista, nihilista, religioso rebelde y mundano, autor de una novela alegórico-filosófica. Efectivamente, Gracián puede ser visto desde cada una de estas facetas, pero todas juntas no dan su imagen cabal. Gracián no escapa a la táctica del camaleón, táctica que él recomendó pero que tantos sinsabores le acarreó. Gracián pasa del estilo lacónico a la prosa exhuberante; de una moral acomodaticia a una exquisita religiosidad, de maestro en dar consejos a comportarse como un inexperto, de entrañable amigo a mordaz enemigo. No es fácil dar con la clave interpretativa de Gracián. Primero, porque él escribió para lectores cultos y presumía en ellos el conocimiento de sus fuentes. Pretendía deleitar al lector o auditor llevándole a través del saber antiguo y de su tiempo pero obligándole a descubrir por sí mismo la gran cantidad de textos y de referencias a las que intencionalmente ocultaba su procedencia. En segundo lugar, porque toda interpretación que no tenga en cuenta a Gracián en su triple dimensión de jesuita, español y escritor caracterá de perspectiva para ver en relieve a Gracián. Como este trabajo tiene carácter orientativo, voy a sintetizar lo que en estos momentos considero un camino expedito para aproximarse a esta figura universal de las letras españolas, Gracián.

a) *Describir.*

Tal vez sea en este terreno donde la investigación ha llegado más lejos. La investigación en los Archivos de la Compañía ha permitido identificar definitivamente fechas, lugares y personas. Sobre todo, ha permitido trazar los rasgos temperamentales: «colérico y sanguíneo», y descubrir al Gracián de «todas las horas» a través de su epistolario.

La fijación de sus fuentes es un tema polémico. Pero no olvidemos que, según Gracián, la palabra refleja al pensamiento y que un perfecto pensamiento crea un decir bello y sustancial. Aquí radica su superioridad y su creatividad; en la conjunción de pensamiento, palabra y vida.

b) *Descubrir.*

Reconocer el proyecto vital de este hombre que recomendaba tanto el saber mostrarse como el saber ocultarse ante los demás, reviste gran dificultad. En Gracián se refleja su siglo; pero Gracián no es un mero espejo que refleja sino que es una aguda y genial inteligencia que reflexiona. El es un jesuita que ha asimilado el pensamiento de su época y el «método» ignaciano de los Ejercicios; ese arte o estrategia espiritual que permite seguir siendo cristiano en un mundo en el que hay que valerse de todas las habilidades humanas para que, incluso, no se desdore la misma virtud cristiana.

Gracián no ve a la Compañía empeñada en Cruzadas triunfalista, imponiendo la fe al amparo de la espada o dada a la mera contemplación, sino como una «internacional de la fe» que pretende penetrar en los ambientes y en las mentes de los hombres influyentes, y para ello se necesita ingenio, voluntad y, sobre todo, inteligencia. Sus héroes, sus discretos, sus políticos no son nuevos cortesanos sino hombres perfectos en lo humano. Las hazañas militares que convertían en héroes a sus protagonistas son ahora suplantadas por la heroicidad que supone el vivir enfrentado con un mundo hostil, cambiante, simulador y desesperanzado. Héroe es el que acierta con la estrategia oportuna para saber acomodarse a este mundo pero sin claudicar de su fe; que sabe reír con todos pero sin dejarse engañar.

En ningún momento podemos acusar a Gracián de falta de intención religiosa. Su tan llevada y traída rebeldía no tenía otro origen que la ignorancia o incomprensión de algunos de sus «conventuales»; y la acusación de «moral laicizante» no es más que el desconocimiento del carácter «fictivo» de la recomendación ignaciana: «Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiera divinos; y los divinos como si no hubiera humanos».

c) *Analizar.*

«Gracián, dice Vossler, no es una cabeza filosófica». «Su filosofía, añade Aranguren, es un juego de palabras». Yo añadiría que Gracián nunca pretendió ser filósofo, al menos en el sentido tradicional y riguroso de la palabra. La denominación de pensador o de filósofo moral es la más apropiada para designar a Gracián. Un pensador en el que lo literario, artístico y moral se condicionan, se armonizan. Por otra parte, es una peculiaridad muy en consonancia con la tradición española en la que el drama y la novela son los vehículos de nuestra expresión filosófica.

1. Gracián juega con el lector. Oculta las fuentes y enmascara el sentido. La suya, es una palabra universal, creadora. Por eso, nunca la poseemos totalmente, nos posee a nosotros. Como quiere, que la vida es lucha, combate, movimiento, no podemos reflejarla sino sólo sorprenderla. Las máximas y aforismos son la quintaesencia de muchas experiencias vitales. Su función es la de adaptarnos conscientemente a la vida para que ésta no nos avasalle. De esta forma, la vida queda desvelada a la luz de esta palabra penetrante.

2. Durante el S. XVII se produce un nuevo cambio de óptica: se renuncia al conocimiento esencial de las cosas para aplicarse sólo al conocimiento del orden regular de los fenómenos de las cosas con vistas a dominarlas. A lo largo de este siglo persiste la confianza en la razón y en la perfectibilidad del hombre, heredada del Renacimiento. De este «espíritu» del tiempo está henchido Gracián y se refleja en su obra de igual modo que se adivina en la pintura de Velázquez. Este no pinta cosas, el ser de las cosas, sino que pinta sus «visiones» de las cosas (impresionismo). Es una nueva óptica de conocimiento y de expresión de la realidad. De la misma manera. Gracián no busca esencias sino que señala «hechos» y recomienda estrategias frente a los mismos.

Del mismo modo que hizo Galileo en el orden físico, Gracián quiere captar este mundo en su propio movimiento; un mundo cambiante para el sentido, fugaz para la mente y oportuno para el político. Pero se trata del mundo humano, es decir, de la vida humana revestida de mil máscaras, escurridiza y maliciosa. La estrategia consiste en saber mostrarse y ocultarse, pro sobre todo, en adivinar las reacciones provenientes de la libertad del otro. Aunque la vida sea combate, no hemos de luchar con espíritu de rivalidad sino de emulación.

3. La verdadera dificultad comienza cuando el lector de Gracián busca algún elemento unitario que abarque toda su obra. *El Héroe*, primera obra, y *El Criticón*, última, aparecen tan distintas entre sí que diríamos que la última invalida a la primera. ¿Se trata de una conversión desde una postura mundana a otra postura religiosa? No. Aunque algunos ven incomunicación entre los tres planos en los que dividen sus obras (Aranguren), yo pienso que existen elementos suficientes para pensar en la existencia de unidad en la obra de Gracián.

En el O.M. encontramos, tal vez, la clave interpretativa: la vida podemos convertirla de desabrida en dichosa por obra de un triple saber: de lo bello (hablar con los muertos: los libros), de lo bueno (hablar con los vivos: el mundo) y de lo verdadero (consigo mismo). Belleza, Bondad y Verdad son los tres transcendentales con terminación divina de la vida humana. La naturaleza humana se perfecciona persiguiendo aquel ideal (no nacemos personas sino que nos hacemos personas). De esta forma se une lo ético y lo estético, el fondo y la forma. Vida del estilo y estilo de vida coinciden (Pelegrín): «las palabras y los males, si cortos, menos males».

Pero convertir al hombre natural en moral, dotarlo de primores y de realces, hacer que llegue a ser Héroe, Político, Discreto, Desengañado... no resulta fácil. Hay cosas que se pueden aprender, como la prudencia en la política; pero hay otras cosas que sólo se pueden observar, como el ingenio en lo intelectual. Sin embargo, hay algo fundamental para lo que no basta el entendimiento si se carece de voluntad. Esta es la que permite transformar la realidad de vista en pensada o soñada.

El Desengaño, fruto de la conjunción del entendimiento y de la voluntad, parece que viene a derrumbar el pedestal sobre el que se ha elevado el hombre moderno y habilidoso. En realidad, *El Criticón* no es más que el desvelamiento de toda una «ficción» mantenida a lo largo de toda su obra. «Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiesen divinos, y los divinos como si no hubiesen humanos»; es decir, que tanto los medios humanos como los divinos no tienen otra motivación que la mayor gloria de Dios. Con sus triunfos terrenos el hombre consigue dar gloria a Dios, y la gloria terrena se convierte en reflejo de la gloria inmortal. No se trata de una «salvación literaria» o de una inmortalidad humana, sino de la consecución de una perfección humana que es ya trasunto de la perfección celeste.

Claro está que este paso no se produce automáticamente. Para pasar

de la ilusión del presente (esperanza de la felicidad) a la desilusión de la vida (esperanza cristiana y suprema inmortalidad), se necesita una voluntad dócil y enérgica que acate a la razón. Es el momento culminante, como aquel en el que D. Quijote entra al fin en razón y descubre que lo tenido por real era ilusión y la ilusión era lo real.

JORGE MANUEL AYALA